

SERMON
DE LOS SANTOS
EMETERIO Y CELEDONIO.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

PELEANDO CON LAS ARMAS DE JESUCRISTO, COMO BUENOS SOLDADOS
SUYOS, CONSIGUIERON EL TRIUNFO Y NOS DEJARON SEÑALADOS
LOS MEDIOS PARA SALIR TRIUNFANTES DE NUESTROS ENEMIGOS.

*Induti lorica[m] justitiæ... sumentes scutum fidei... galeam
salutis... et gladium spiritus.*

Vestidos con la cota de malla de la justicia, armados del escudo
de la fe, el yelmo de la salud y la espada del espíritu.

S. Pablo á los efesios, c. 6.

Hoy recordamos y celebramos los triunfos de los esforzados militares san Emeterio y san Celedonio; de esos héroes que la divina Providencia destinó para ser nuestros especiales patronos y protectores, y que son el ornamento de nuestros altares, el refugio de nuestras desgracias y el consuelo en nuestras aflicciones; de esos héroes á quienes despues de tantos siglos no podemos alabar bastante, ni dejará jamas de sernos dulce y agradable su memoria. ¿ Creeréis que voy á referir en su elogio prodigios de valor de estos soldados romanos, triunfos conseguidos con la espada y con la sangre, victorias debidas á la destreza, el número de combatientes, al arrojo temerario, esos hechos que tanto engrandece y celebra el mundo, y que vienen á ser tal vez á los ojos de Dios grandes atropellamientos, grandes injusticias y grandes atrocidades? Bien sabeis que no, porque no es esto lo que forma los héroes del mundo. Bien sabeis que no, porque esos hechos pasan, se olvidan y se sepultan con el héroe ó ántes que el héroe que los ejecutó, y

los triunfos de nuestros santos se conservan en la memoria y pasan con gloria de generacion á generacion. Bien sabeis que no, porque os es familiar y bien conocida la historia de vuestros patronos; y sabeis que no por ser militares de las legiones de Roma, sino por haber sido defensores y esclarecidos mártires de la religion de Jesucristo los honramos, los veneramos y publicamos sus alabanzas en el templo del Dios vivo, gozándonos de la gloria con que el Señor recompensó la sangre y la vida que tan generosamente dieron en su defensa. Bien sabeis que no, porque no hacemos consistir su mérito en haber sido buenos soldados de los emperadores, sino en haber sido militares esforzados de Jesucristo.

Triunfaron en las duras peleas y combates que tuvieron que sufrir en defensa de la fe, y triunfaron como triunfan los soldados de Jesucristo, no matando, sino muriendo; no con la espada, sino con la paciencia; no con la fortaleza del cuerpo, sino con la del alma.

A la vez que para consuelo y edificacion vuestra recuerdo lo poco que la historia nos ha conservado de sus padecimientos, y los tormentos horribles por donde los hizo pasar la inhumana crueldad de los tiranos y perseguidores de los que confesaban y creían en Jesucristo, os manifestaré las armas con que pelearon y os diré: que consiguieron el triunfo peleando con las armas de Jesucristo, como buenos soldados suyos, y que nos dejaron señalados los medios para que triunfemos de nuestros enemigos.

¡ Qué gloria y felicidad para nosotros, hermanos míos, si aprovechando los ejemplos de valor y valiéndonos de las armas con que pelearon nuestros gloriosos patronos, nos resolvemos á pelear como ellos en esta vida en que rodeados de enemigos tenemos que estar en una continua guerra! ¡ Qué felicidad para nosotros si por los mismos medios que nuestros santos llegamos á conseguir el triunfo y la corona de gloria! Á esto debemos encaminar nuestros deseos, y para esto debemos implorar ántes la gracia del Señor por la intercesion poderosa de María santísima, á quien diremos con el ángel: *Ave María.*

Induti lorica[m] justitiæ.

Las obras mas grandes y los esfuerzos mas extraordinarios

nada son y de nada sirven delante de Dios, si no van encaminadas á su servicio y acompañadas de una vida pura é inocente. Aunque hiciésemos los mas admirables milagros, aunque nos dejásemos despedazar y quemar nuestros miembros, si no tenemos la caridad de Dios, de nada nos aprovechará, como nos enseña el Apóstol. Es preciso que nos vistamos la cota de malla de la justicia, que tengamos una vida virtuosa como entiende esta frase del Apóstol san Juan Crisóstomo; que tengamos una vida sin mancha ó que las borremos todas con una penitencia verdadera; que seamos justos por la práctica de las virtudes cristianas. Este es el distintivo y vestidura de los soldados de Jesucristo, la estola blanca con que los uniforma en el día que los alista en sus banderas, y la que debemos conservar hasta el fin de la vida para que nos reconozca por suyos. ¿No es por lo comun la vida militar una vida expuesta á los vicios, al contagio de las malas compañías y malos ejemplos, á las ocasiones y peligros frecuentes? ¿No se fomenta en ella, por lo comun, la ambicion, la vana gloria, el orgullo, la licencia, la inmodestia? ¿No eran los soldados de los emperadores los ministros de quienes se valian para perseguir á los cristianos y concluir con el nombre y la religion de Jesucristo?

Esta era la profesion de esos bienaventurados héroes, de nuestros ilustres patronos y santos Emeterio y Celedonio. Seguian las banderas de las legiones romanas, pero sin que esto sirviese de estorbo para militar bajo la bandera de Jesucristo. Nada estorbó el traje militar, las ocupaciones, las molestias, las compañías, todo el aparato de la milicia terrena, para que fuesen soldados fieles y esforzados de la milicia de Jesucristo. Bajo el hierro de la cota de malla que cubria sus pechos se ocultaba el oro purísimo de su amor á Dios, y bajo las insignias imperiales se escondia el cilicio con que mortificaban y reducian á servidumbre sus cuerpos, para que fuesen hostias vivas y agradables al Señor y para conservar sin mancha la vestidura de justicia. Eran hijos de santos y el espíritu de los padres se habia trasladado á los hijos. Eran hijos de santos, y sus padres les habian educado cristiana y santamente, instruyéndolos en las máximas saludables de la religion. Eran hijos de santos, y san Marcelo su padre, centurion de la legion que tenian los romanos en la ciudad de Leon, mártir de Jesucristo, pedia en el cielo para sus hijos las gracias y la fortaleza necesaria para que

sus hijos siguiesen su ejemplo. Eran hijos de santos, y sabian bien que para seguir al Cordero sin mancha era preciso no contaminarse con las impurezas, y conservarse puros de toda inmundicia y de todo vicio.

Sin murmuracion, sin impaciencia, con fidelidad y contentos con sus estipendios, sin valerse de su profesion para despreciar ni vejar á los demas, fueron defensores y servidores fieles de los emperadores miéntras nada les mandaron que estuviese en oposicion con los deberes de Jesucristo y su religion. Estaban profundamente persuadidos que debemos obedecer á Dios ántes que á los hombres; que no es lícito jamas consentir ni cooperar á la maldad; que fuera de la religion de Jesus no hay salud ni salvacion para los hombres, y luego que los emperadores de Roma, tenaces en sostener la idolatría y el culto sacrilego de los dioses del imperio, levantaron una cruel persecucion contra los cristianos, renunciaron á sus destinos, á sus recompensas, á sus esperanzas por no desnudarse de la vestidura de justicia. Digo mal, inspirados por el Señor conocieron su verdadero logro y el aumento de sus intereses, y sin despojarse de la cota de malla de la justicia, encendidos en amor de Dios y llenos de celo por su honor y gloria, se armaron del escudo de la fe para entrar en pelea y triunfar de sus enemigos. Bien sabes, le dijo Emeterio á su hermano, deseoso de comunicarle el fuego santo que ardia en su corazon y de que tomase parte en la resolucion que habia abrazado, bien sabes que hace muchos años que servimos á las potestades de la tierra en la guerra del mundo, sin otro objeto que el del honor y los premios caducos, arriesgando nuestra vida en las funciones militares. Ya que ahora se nos ofrece otra guerra mas noble, mas digna y mas meritoria contra los enemigos de Jesucristo, cuyos premios son eternos, vamos á lograrlos en un combate laudable. Bien persuadido estoy, contestó el digno hermano Celedonio, bien persuadido estoy de la diferencia grande que hay entre los premios indefectibles del cielo y los percederos del mundo, que son los que pueden lograr los hombres en esta vida. No has menester muchas palabras para persuadirme que suspire por aquellos, que hace tiempo deseo aunque sea á costa de derramar mi sangre.

No, no podia sufrir dilaciones una fe tan viva y un amor tan encendido; no pueden mirarse sin horror entre los que

estaban destinados á perseguir, atormentar y sacrificar á los cristianos; huyen... pero ¿á dónde van? ¡Gracias infinitas-os sean dadas, Señor, porque así quereis manifestar de cuando en cuando vuestras maravillas en vuestros siervos! ¡porque inspirais cuando os place unas resoluciones tan generosas y admirables, que sirven de edificacion y consuelo á los que las contemplan! No son unos soldados débiles y cobardes que se asustan á la vista del peligro, no esperan á que se acerque el combate, ni á que los descubra la persecucion; son mas fervorosos, mas intrépidos, mas resueltos. Van sin ser llamados á declararse por defensores de Jesucristo ante los mismos perseguidores y tiranos: á echarles en cara su ceguedad, su locura, sus delirios, sus injusticias en perseguir y atormentar á los cristianos y declararse contra Jesucristo, Dios y hombre verdadero, á quien debieran reconocer y adorar.

¿Qué importa que sorprendidos los magistrados con tan inesperado suceso, les manden adorar á los ídolos, que los quieran ganar y retraer de su propósito con honores, distinciones y premesas, y que al fin llenos de cólera les amenacen y hagan preparar los mas horrorosos tormentos? Emeterio y Celedonio ademas de la vestidura de la justicia, han tomado el escudo de la fe, para hacer inútiles y que no puedan herirlos los golpes de sus enemigos. Una contienda y empeño porfiado se levanta entre el furor de los magistrados y la paciencia de los mártires. Ningun género de tormentos es bastante para saciar la rabia de los unos, pero ninguno alcanza para disminuir la fortaleza de los otros, ni para contener aquella libertad santa con que reprendian sus locuras. ¿Qué buscais, ó qué quereis de nosotros? les decian como los ilustres Macabeos, entended que estamos dispuestos á morir ántes que quebrantar ni faltar en lo mas mínimo á nuestras leyes. Bien podeis perdernos en la vida presente; pero el Rey de los cielos y la tierra nos resucitará y llevará á una vida eterna. Destruiréis estos cuerpos miserables, que al fin han de morir, aunque vivan entre los mas exquisitos regalos, pero no podréis llegar á nuestras almas. Vuestros tormentos se acabarán; y nuestra gloria, el colmo de felicidad que nos han de proporcionar, no tendrá fin.

Sea que hiciesen la confesion pública de su fe nuestros ilustres mártires en la misma ciudad de Calahorra, ó que la hiciesen en la de Leon y de allí los condujesen presos, en Calahorra

fué donde los pusieron en horribles prisiones, los atormentaron de mil modos y por último les quitaron la vida. ¿De qué medios se valió la perfidia para quebrantar la constancia y dar en tierra con la fortaleza de los generosos soldados de Jesucristo? Esto es lo que no sabemos con exactitud, porque los mismos verdugos se avergonzaron de manifestarlo, porque causaba horror á los mismos bárbaros el que se hiciesen públicas sus atrocidades y les daba enojo el que con ellas no hubieran podido alterar la constancia ni disminuir la virtud de los mártires; porque la memoria de su paciencia y el conocimiento de sus respuestas á los inicuos jueces hubiera inflamado el corazon y los deseos de imitarlos á muchos cristianos. Pero ¿qué importa, si sabemos que se armaron del escudo de la fe contra el que no tiene poder ni el infierno, ni todas las potestades enemigas? ¿Qué importa, si sabemos que se cubrieron tambien con el yelmo de la salud y con la espada del espíritu? ¿Aprovecharon algo las astucias, la blandura y lisonja, los ruegos de los amigos, las lágrimas tambien de los parientes y las artes de los que durante su largo y penoso encierro se acercaron á pervertirlos? No, así como tampoco los tormentos, las privaciones, los insultos, las burlas y los malos tratamientos, porque ¿qué puede herir al que se arma con el yelmo de la salud? ¿Al que se provee de la esperanza, al que tiene su confianza en el cielo y mirando á los bienes celestiales desprecia igualmente á los bienes y á los males terrenos? ¿Al que espera en su Dios y mira con la misma frialdad y desprecio á las riquezas y glorias humanas que á los tormentos y persecuciones? Puesto que hay otra vida en que ya no se conocerá la muerte, decian estos generosos atletas fortificados con las máximas saludables y consoladoras de nuestra adorable religion, puesto que hay otra vida en que no se conoce el dolor, la tristeza, el llanto, y en la que reina la inmortalidad y los consuelos y gozos inexplicables ¿por qué no hemos de caminar á ella por el camino que se nos prepara? ¿Por qué hemos de separarnos del camino feliz por unos placeres momentáneos, ó por no sufrir unas tribulaciones que pasan? ¿Qué poder hay para derribar una fortaleza fundada en tan sólidas esperanzas? ¿De qué podian servir los nuevos suplicios sino para inflamar mas sus deseos y dar mas alegría á sus corazones? ¿Qué es lo que al fin vendrá á fatigarse mas pronto, la crueldad de los tiranos ó la fortaleza de los

mártires? Pero ¿cómo habian de fatigarse los soldados esforzados de Jesucristo, armados no solo de la vestidura de la justicia, del escudo de la fe y del impenetrable yelmo de la esperanza, sino tambien de la espada de la salud, que es la palabra de Dios, como lo explica el Apóstol. Sí, amados míos, nuestros gloriosos santos convirtieron en templos sus prisiones, pasaban los días y las noches en los cánticos de alabanza, en la contemplacion de Jesus crucificado, en la oracion, en animarse y prepararse como soldados fieles para no desmayar en los combates y pelear hasta el fin en defensa de Jesucristo. ¿Qué mas? Hubiera sido poco para su fervoroso celo esforzarse y animarse á sí mismos. Con toda la energía que da el ejemplo, la conviccion y la gracia predicaban á Jesus, publicaban su divinidad y persuadian á abrazar la religion cristiana á los mismos verdugos y á los mismos jueces que los atormentaban: confortaban á los cristianos tibios, alentaban á los fervorosos y convertian á los idólatras. No podia ocultarse el ejemplo admirable de los dos valerosos hermanos, y su ejemplo y sus palabras no podian ménos de producir frutos de salud, de edificar y fortalecer á los cristianos y dar á conocer la confusion del gentilismo y el ningun poder de los dioses falsos del imperio; y perdida ya toda esperanza por parte de los jueces, temerosos de empeorar cada vez mas su causa y aumentar el número de los fieles, el gobernador hizo que los dos fuesen degollados cerca del rio Arnedo por los años de 298. Los santos recibieron el golpe llenos de alegría, y el Señor quiso dar un testimonio de lo acepto que le era el sacrificio y de que recibia á aquellas almas dichosas á su eterno descanso. En el momento que fueron derribadas sus cabezas, se vieron por los mismos gentiles elevarse por el aire hasta las nubes el anillo del uno y la banda del otro, lo que se tuvo por señal de que Dios queria hacer patente que recompensaba la pureza y fidelidad de sus santos.

Consumaron su carrera nuestros dichosos santos, y triunfaron de sus enemigos muriendo por Jesucristo. La sangre que derramaron ha sido fértil de milagros y beneficios: subió hasta el cielo como el vapor de un holocausto suavísimo y agradable al Señor; pero ha de disolverse en una lluvia continua de gracias que ha de caer sobre la tierra. Estas dos grandes luminarias nunca arrojan unos rayos de luz mas puros y abundantes que cuando parece que se han apagado; nunca se consolidan

mas estas columnas de la iglesia que cuando parece que han sido derribadas; estas dos nubes místicas llenas del espíritu de Dios jamas serán mas fecundas en admirables producciones que cuando desaparecen de la vista de los hombres. Los ídolos se quebrantarán, el infierno temblará, el Señor les dará las coronas de justicia y sentará en sus tronos de gloria; y desde allí... desde allí intercederán y alcanzarán para esta ciudad que los venera por patronos los beneficios y gracias espirituales y temporales que necesita. Desde allí ven las aflicciones de su pueblo y le proveen del remedio. Vosotros lo habeis experimentado, habitantes de esta ciudad, y muy particularmente desde que poseeis el tesoro de sus reliquias. Gloriaos de tener esta prenda de la proteccion de estos ilustres mártires, y mucho mas de tener tan poderosos intercesores en el cielo. Mirad su término dichoso, la gloria inmortal que disfrutaron, y resolveos á imitar su fe.

No pretendamos excusarnos alegando dificultades y pretextos para no seguir por el camino que nos ha de conducir al cielo. Está ya trillado con las huellas de nuestros patronos, y nuestras excusas no pueden tener otro fundamento que nuestra flojedad y pereza. Alentémonos con los ejemplos de nuestros santos, considerando la gloria que disfrutaron en recompensa de sus triunfos. Vencieron, porque, como habeis visto, pelearon con las armas de Jesucristo como buenos soldados suyos: porque se armaron con la cota de malla de la justicia, con el escudo de la fe, con el yelmo de la salud y la espada del espíritu. De estas mismas podemos armarnos nosotros para triunfar de nuestros enemigos. El Señor nos brinda y convida con ellas para sostenernos y vencer á tantos enemigos como nos acometen: el demonio, el mundo, la carne. Nuestros patronos, como habeis visto, ántes que á los tiranos, sujetaron sus sentidos á la razon sin dejarse arrastrar ni seducir de los placeres y deleites; resistieron á los peligros de la prosperidad y la ambicion y á las sugerencias del demonio, revistiéndose de la justicia. No son solamente enemigos y perseguidores nuestros, dice san Ambrosio, los que se ven, sino tambien los que no vemos. Nos persigue la avaricia, la ambicion, la lascivia, la soberbia, estos son unos enemigos poderosos que sin el terror de las hogueras y sin el miedo de la espada pierden con demasiada frecuencia á las almas; estos son los tiranos terribles que en todo tiempo y

en todo lugar, no con amenazas sino con halagos y blandura socavan nuestra fidelidad y constancia y nos tienen en una continua guerra. Pero si tenemos muchos y poderosos enemigos, si son muchas nuestras persecuciones y tribulaciones, si son continuas las peleas, alegrémonos, dice san Ambrosio, que tambien son muchas las coronas, y si se nos aumentan los enemigos, no es sino para que se aumenten nuestros triunfos y logremos mas fácilmente el ser coronados. Peleemos con las armas de Jesucristo, con las armas con que pelearon nuestros gloriosos patronos; vistámonos de la justicia y santidad de nuestras obras; armémonos del escudo de la fe, de la fe que tan amortiguada se halla en nosotros y que por lo mismo cede con tanta facilidad al menor soplo de la persecucion, de la fe contra la que se estrellan todos los tiros de nuestros enemigos; tomemos el yelmo de la salud fortificándonos con la esperanza cierta de los bienes eternos de la gloria, con lo que no solo sufriremos sino que nos gloriaremos en padecer y sufrir; no abandonemos la espada del espíritu que es la palabra de Dios y contemplacion de las verdades eternas, y por poderosos que sean nuestros enemigos los venceremos y conseguiremos la corona del triunfo. No abandonemos jamas estas armas que nos proporcionan el logro de una eterna felicidad; y entendamos que seremos inexcusables delante de Dios, si despues de ver los ejemplos de nuestros patronos, aparecemos en su presencia derrotados y vencidos por rehusar armarnos para nuestras peleas.

Gloriosos santos, adorno de nuestra iglesia, refugio y consuelo de nuestras necesidades, honor de nuestro pueblo, desde esa gloria que gozais en premio de vuestro esforzado valor y constancia en defender la religion de Jesus, no os olvideis de los que os invocan y veneran y se glorían de reconoceros por sus abogados y protectores. Interceded con el Señor para que mire con piedad á este pueblo y haga que descendan sobre él sus celestiales bendiciones. Que nos conceda la prosperidad, la paz, los frutos de la tierra necesarios para el socorro de nuestras necesidades; pero ántes que todo y mas que todo, rogad para que nos conceda los dones de su divina gracia, el don de armarnos de la armadura de Jesucristo, el don de pelear con valor y triunfar de nuestros enemigos, para ser coronados y cantar en vuestra compañía las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN ESTÉBAN PROTOMÁRTIR.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis prophetas et lapidas eos qui ad te missi sunt. Quoties volui congregare filios tuos quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti.

Jerusalen, Jerusalen, que matas los profetas y apedreas á los que son enviados á tí. Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste.

S. Mateo. c. 23. v. 37.

Una de las consecuencias mayores que ha traído á nuestra naturaleza humana la ley de gracia, es un espíritu de conviccion y de fe en las materias que sobre ella se aprenden, que el hombre, penetrado de ellas, desafía con ánimo sereno los mayores peligros, y nada existe que pueda distraerle de la confesion de las verdades de que se halla lleno su entendimiento.

Este dominio que ejerce en la conciencia la predicacion de Jesucristo, es la revolucion mas completa que ha sufrido la naturaleza humana desde que fué criado Adan hasta nuestros dias: y llamo revolucion moral á este acontecimiento, porque los beneficios de la ley nueva no se han limitado á nadie, y el mas rudo y el mas sabio adquieren, por medio de la fe en sus doctrinas, esa independenciam de espíritu, que engrandeciendo el individuo le prepara á desafiar los trabajos y el martirio, para mejor ensalzar el nombre de su Dios.

No es el espíritu de rebelion, de las asonadas, ni el estilo amenazador de un pueblo congregado para discutir los negocios políticos de su país, la independenciam que el hombre aprende con los preceptos del Evangelio; es mas y ménos que esto.